

MANSILLA AGÜERO, Miguel Ángel, *La cruz y la esperanza. La cultura del pentecostalismo chileno en la primera mitad del siglo XX* (Segunda Edición), México, Editorial Manda-Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe UNAM-Universidad Arturo Prat del Estado de Chile, 2014, 295 p.

Miguel Ángel Mansilla Agüero es uno de los estudiosos de la religión que poco a poco se va convirtiendo en una referencia obligada para quienes estudiamos los protestantismos latinoamericanos, y de manera particular los pentecostalismos. Doctor en Antropología por la Universidad de Tarapacá y la Universidad Católica de Chile, actualmente es profesor e investigador en la Universidad Arturo Prat. Algunas de sus experiencias de intercambio académico las ha realizado en México (Instituto Nacional de Antropología e Historia), Inglaterra (The Centre for Pentecostal and Charismatic Studies, Universidad de Birmigham) y Brasil (Postgradao em Ciências da Religião, Universidad Metodista de Sao Paulo).

Observador silencioso de las expresiones sociorreligiosas, lector de los clásicos existencialistas de la literatura rusa, y asiduo conferenciante en encuentros académicos organizados en diversos países de América Latina, sus años de investigador han sido acompañados de un fuerte interés por analizar diversas manifestaciones culturales del pentecostalismo clásico, a fin de encontrar un pensamiento existencial de tipo religioso que explique “el lugar del individuo del siglo XX frente a una sociedad que comenzó a modernizarse y masificarse. Su problema extra filosófico fue en esencia, otorgar un estatus auténtico a la persona frente a un mundo impersonal.”¹ Muchas de esas inquietudes las ha ido resolviendo como director de la *Revista Cultura y Religión*, editada electrónicamente, y a partir de sus propias indagaciones sobre el pentecostalismo chileno en las primeras décadas del siglo XX.

Si bien, la primera edición de *La cruz y la esperanza. La cultura del pentecostalismo chileno en la primera mitad del siglo XX* significó un aporte novedoso a la historiografía chilena sobre la historia de las minorías religiosas y sus representaciones sociales,² esta lectura quedó en círculos de estudiosos sobre el

¹ Miguel Ángel Mansilla Agüero, extracto de la cuarta de forros en, *La cruz y la esperanza. La cultura del pentecostalismo chileno en la primera mitad del siglo XX* (Segunda Edición), México, Editorial Manda-Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe UNAM-Universidad Arturo Prat del Estado de Chile, 2014.

² En particular el ensayo “Despreciados y desechados: Itinerario de la canutofobia en Chile en la primera mitad del siglo XX” en, *La cruz y la esperanza. La cultura del pentecostalismo chileno*

tema.³ Como investigadora de los pentecostalismos clásicos mexicanos y editora de temas en ciencias sociales, al leer *La cruz y la esperanza* no tarde en darme cuenta que los trabajos de Mansilla salían del lugar común tanto por su forma de abordar el pentecostalismo clásico (desde la multidisciplina), como por los temas trabajados (poco abordados por antropólogos, sociólogos y mucho menos por historiadores latinoamericanos y mexicanos), los sujetos visibilizados (hombres alcohólicos redimidos, misioneros y misioneras extranjeros atrapados en dilemas existenciales y políticos; mujeres estigmatizadas por ser pobres y madres solteras, migrantes rurales exiliados a la ciudad sin bienes y sin dinero; sujetos habituados a la cultura de la oralidad ajenos a la escritura liberal, burguesa y académica), y las fuentes materiales e inmateriales; elementos todos que le permitieron, a partir de la experiencia chilena, dar un giro epistemológico y novedoso a la escritura lineal, causal y académica del pentecostalismo. Es por ello que le propuse una segunda edición mexicana para un público más amplio.

Como editora de esta segunda edición, le recomendé al autor escribir un prólogo personal para acercar a los lectores a sus intereses personales, intelectuales, académicos y sociales vinculados a una memoria del *ser* pentecostal; lo mismo que ampliar el conocimiento de la diversidad de sujetos. La primera edición había incluido un ensayo donde la referencia central “el hombre” y la construcción de la masculinidad en el pentecostalismo.⁴ Más allá de buscar un equilibrio de “género”, vi una necesidad urgente en visibilizar la presencia y memoria de las mujeres, pues en la mayoría de historias nacionales no se les ha dedicado un trabajo concreto que ubique trayectorias y experiencias propias, muy a pesar que el crecimiento y permanencia de iglesias pentecostales se debe a su actividad misionera, fundadora y más; sin embargo siempre están al margen de los relatos oficiales.⁵ De tal forma que la nueva edición dedica un

en la primera mitad del siglo XX, Chile, Universidad Bolivariana, 2008, pp. 47- 71.

³ Plática que sostuve con algunos colegas en el marco del Congreso “La identidad del Pentecostalismo latinoamericano” organizado por la Red Latinoamericana de Estudios sobre el Pentecostalismo (Relep), 1-3 diciembre de 2011, Quito, Ecuador. También así lo expreso Daniel Chiquete en el prólogo a la primera edición del libro.

⁴ Mansilla, “Palabra de un ‘hombre de Dios’: La construcción de la masculinidad en el pentecostalismo chileno” en, *Op. cit.*, pp. 73-91.

⁵ Lo he señalado en el caso de los pentecostalismos mexicanos. Véase Deyssy Jael de la luz García, “Las mujeres en el pentecostalismo mexicano. Apuntes para historia (Las pioneras, 1910-1948), *Revista Locus, Dossiê História e Gênero*, Universidade Federal de Juiz de Fora, Brasil, Vol. 17, Núm. 2, 2011, pp. 57-74. Disponible en: <<http://locus.ufjf.emnuvens.com.br/locus/article/view/1683>>

ensayo polémico a la fundadora de la Iglesia Metodista Pentecostal en Chile, Elena Laidlaw.⁶

Al leer cada uno de los ocho ensayos que conforman el libro *La cruz y la esperanza. La cultura del pentecostalismo chileno en la primera mitad del siglo XX*, Mansilla parece más bien un historiador que busca en fuentes escritas, visuales, territoriales y orales escribir-reescribir la historia de grupos social y culturalmente marginados quienes a partir de una conversión religiosa se convierten en dueños de su propio destino, productores de sus propios modos de vida, recreadores de la cultura popular mayoritaria y católica; son múltiples historias de hombres y mujeres a los que no les importaron las metáforas fóbicas y el desprecio que vecinos, familiares e instituciones políticas, económicas, sociales y culturales les asignaron por haber roto con las tradiciones heredadas de generación en generación.

Al analizar el pentecostalismo como un sistema religioso total, multidimensional y como generador de cultura, nos encontramos frente a un trabajo que revela pistas interpretativas que anteriormente no se habían considerado. Por ejemplo, el mundo simbólico dotado de mitos, ritos y ethos ayudan a explicar no sólo el imaginario, utopías personales y colectivas, sino prácticas concretas de aquellas mujeres y hombres “canutos”⁷ que salieron de los barrios y vecindades; de las cantinas y los campos; de las enfermedades sin cura y sin horizontes de sobresalir en un contexto de profundos cambios urbanos a la calle para convertirse en predicadoras y predicadores callejeros que teniendo una

⁶ Mansilla, Capítulo 4. “Palabra de mujer: La exclusión y olvido de Elena Laidlaw como líder y fundadora del movimiento pentecostal chileno (1909-1910)” en, *La cruz y la esperanza. La cultura del pentecostalismo chileno en la primera mitad del siglo XX* (Segunda Edición), pp. 133-166. La historiadora chilena Angélica Barrios también ha prestado atención a la vida y obra de Laidlaw. Véase de la autora *Hermosa ciudad donde no habrá lágrimas ni dolor. Estudio histórico del pentecostalismo en el proceso de expansión urbana de Santiago de Chile (1950-1970)*, Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Chile, 2009; de la misma autora su artículo en, Daniel Chiquete y Angélica Barrios, *Entre cronos y kairós. Estudios históricos y teológicos sobre el pentecostalismo latinoamericano*, México, Editorial Manda-Red Latinoamericana de Estudios Pentecostales, 2012.

⁷ Concepto clave en los estudios de los pentecostalismos chilenos, pues es un sobrenombre peyorativo para invisibilizar y estigmatizar a las y los conversos pentecostales de la memoria religiosa e historia nacional chilenas. En el caso mexicano, un equivalente serían las burlas que católicos hicieron a los pentecostales, apodándoles “aleluyas”. Véanse Mansilla, “Capítulo 1. A la memoria de los expatriados de la tierra... Los derrotados de la intolerancia hacia los protestantes en Chile”; “Capítulo 2. Despreciados y desechados: Itinerario de la canutofobia en Chile en la primera mitad del siglo XX” en, *Op. cit.*, pp. 49- 72; 49-72, respectivamente.

teología oral milenarista y cargada de angustias presentes, soñaron con un mundo venidero más allá de esta vida.

Sin lugar a dudas *La cultura del pentecostalismo chileno en la primera mitad del siglo XX*, se aleja de los postulados de la sociología clásica que consideró al pentecostalismo como un refugio de las masas⁸ o como un parche de religiosidad popular que buscó “sentir, experimentar, teatralizar el imaginario colectivo de la cultura de la miseria”.⁹ Desde esta propuesta de la realidad chilena, Mansilla nos plantea retos interpretativos a valorar subjetiva y objetivamente en la presencia pentecostal latinoamericana con sus variantes urbanas, rurales, étnicas, mestizas, criollas, por género y subculturas.

Deyssy Jael de la Luz García

Universidad Nacional Autónoma de México

⁸ Christian Lalive d'Épinay, *El refugio de las masas. Estudio sociológico del protestantismo chileno* (Segunda edición), Chile, Instituto de Estudios Avanzados Universidad de Santiago de Chile-Centro Evangélico de Estudios Pentecostales, 2009.

⁹ Jean-Pierre Bastian, *Protestantismos y modernidad latinoamericana. Historia de unas minorías religiosas activas en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.